



RESEÑAS

Progreso y racionalidad en la ciencia

Gerard Radnitzky y Gunnar Andersson (eds.). Alianza Universidad Textos, 46, Madrid, 1982 pp. 389

Recoge este volumen parte de las discusiones sostenidas en el Congreso de Kronberg (Frankfort) en 1975 por un nutrido grupo de filósofos de la ciencia de primera línea sobre el tema monográfico de la evaluación objetiva del progreso científico. La versión castellana sigue la edición alemana de 1980, que, pese a la reformulación del artículo de Hans Albert—Feyerabend sólo modifica el título de su trabajo—, la edición de un artículo de Radnitzky y la ampliación del prólogo, no logra mejorar sustancialmente la edición inglesa publicada por Reidel en 1978 (1). Más aún, si las dos breves contrarreplicas de Feyerabend y Hübner, que constituyen la cuarta parte de la edición inglesa, no aparecen en el prometido volumen II, la edición castellana perderá algo de agilidad y gracia. No obstante, las notas a pie de página y la unificación bibliográfica vienen a completar la oportunidad y fidelidad de esta traducción.

Aunque concebido como una profundización de los problemas debatidos en el ya clásico *Criticism and The growth of knowledge* (2), tan puntualmente vertido por Grijalbo al castellano, este libro goza no sólo de autonomía, sino también de una singular unidad temática en esta clase de obras colectivas. Dividido en tres partes, arranca la primera con una reformulación de lo que se ha dado en llamar la concepción de la LSE (London School of Economics) o racionalismo crítico. No se disimula, sin embargo, la dualidad de enfoque que afecta internamente el desarrollo histórico de esta escuela, cuyos progenitores—Popper y Lakatos—han debido enfrentar dos retos muy diferentes entre sí: el que supuso el Empirismo Lógico en la década de los treinta y el incoado por Kuhn con *La estructura de las revoluciones científicas* (3) treinta años más tarde. Así, John Watkins, fiel a la estrategia falsacionista de Popper, sigue manteniendo frente al inductivismo empirista y a la filosofía trascendental fundacionalista (el Ideal de Bacon-Descartes) que sólo la crítica racional y el escepticismo sistemático valen de hecho para construir teorías científicas objetivas y rigurosas, metodológicamente corroborables, a fuer de falsables. En cambio, John Worrall, Elie Zahar a propósito del famoso expe-

rimento (¿crucial?) de Kaufmann y Peter Urbach, soslayando ostensiblemente el criterio falsacionista, reformulan el concepto lakatosiano de «programas de investigación» (MPIC), al objeto de recuperar la noción de «apoyo fáctico objetivo» de una teoría, distinguir el cambio progresivo del meramente degenerativo en el desarrollo científico y deparar criterios capaces de evaluar la rentabilidad futura de un programa en términos de capacidad heurística. La distinta sensibilidad de los miembros de la LSE a las tesis de Kuhn parece haber bifurcado irremediadamente sus posiciones epistemológicas.

La segunda parte, encomendada a los críticos, acoge una encomiable diversidad de planteamientos. En honor a la brevedad arbitrará una clasificación convencional en tres bloques. El primero acoge a los observadores *neutrales*, entre los que se encuentran los dos editores, Albert y McMullin. El segundo bloque agrupa a los críticos *puntuales* como Grünbaum, Hübner y Post, cuyo cometido consiste en atacar el falsacionismo o la MPIC en base a una alternativa contrapuesta claramente definida. *Prima facie*, goza el tercer bloque del lamenable aspecto de un cajón de sastre. No obstante, llamaré críticos *difusos* a los que atacan a la vez desde diversos flancos sin aclarar, más allá de las fórmulas rituales, la oferta alternativa que preconizan. Tal es el caso de la maniobra envolvente de Feyerabend, de la supuesta teoría de la investigación científica del sentido común de Koertge y de los sibilinos dardos del aliado Musgrave.

El primer bloque muestra una irresistible tendencia a regresar a la historia de los problemas, valorando ecuánimemente las distintas aportaciones. Así Albert y Andersson, a propósito de la verdad y la verosimilitud respectivamente, analizan sendos planteamientos en la literatura metacientífica reciente y concluyen popperianamente: el primero se apunta a una crítica falsacionista radical en teoría del conocimiento y el segundo salva el grano de verdad que se aloja bajo el ropaje formalista de la verosimilitud. Ernan McMullin, por su parte, reconoce méritos eclécticos sin cuento a la MPIC de cara a la evaluación de teorías, pero señala jesuiticamente sus límites en tanto que metacriterio para la historia de la ciencia, dos planos que la LSE no parece discriminar. Finalmente Radnitzky, tras un pausado recorrido histórico, apuesta por un desbloqueo de la problemática epistemológica en el espíritu falibilista-crítico-preferencialista de Popper. En suma, los muchachos de la LSE están en el buen camino.

Desde el segundo bloque el consenso resulta más difícil. Kurt Hübner, crítico post-frankfurtiano, coincide con Adolf Grünbaum, inductivista bayesiano, en que la pretensión de comparar los contenidos de dos teorías diferentes fracasa, porque unos no son subconjuntos de otros. En esto

hasta Feyerabend está de acuerdo. No así Heinz Post, quien desde los manes de Carnap arguye en dirección contraria: Popper y la MPIC, incurren en sociologismo pretendiendo «descubrir» lo que sólo se puede «justificar». Naturalmente, sus compañeros de bloque no le secundan: el hipercrítico Hübner bascula hacia un historicismo que no se compadece bien con la estrecha «racionalidad» de la LSE, mientras Grünbaum delata los compromisos inductivistas *tácitamente* contraídos por el falsacionismo, y lee los argumentos popperianos a la luz de Bacon, Whewell y Mill.

En el tercer bloque se impone la táctica del despiste. Feyerabend rompe una lanza por el sentido común de Aristóteles para concluir desafiante que los racionalistas críticos son tan poco razonables «que habrá que obligarles a razonar con medidas financieras» *ad hoc* (sic). Noretta Koertge comienza su discurso retornando al sentido común del Zen aplicado al arte del mantenimiento de la motocicleta y, aunque luego desciende al problema de Duhem, es sólo para poner de manifiesto la falta de sentido común de los lakatosianos a la hora de abordarlo. El despiste de Alan Musgrave es de otra índole: se trata de que un simpatizante de la LSE como él no titubea a la hora de espetar a sus aliados las más dolorosas banderillas.

No es extraño ante este panorama que las réplicas de Worrall y Watkins en la tercera parte del libro eludan la *neutralidad* y salgan al paso de *puntuales* y *difusos*.

(1) *Progress and Rationality in Science*, Reidel Publishing Company, Dordrecht; Holland, 1978, Vol LVIII: Boston Studies, pp. 416.

(2) Lakatos, I. y Musgrave, A., *La crítica y el desarrollo del conocimiento*, Prólogo de J. Muguerza. Grijalbo, Barcelona, 1972 (versión de la 2ª ed. inglesa de 1972, 1ª ed. 1970).

(3) Kuhn, Thomas, *La estructura de las revoluciones científicas*, F.C.E. México, 1971 (ed. original inglesa 1962).

Alberto Hidalgo Tuñón

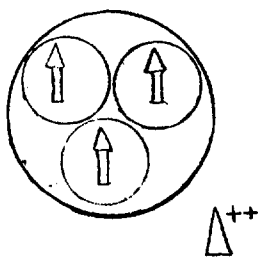
Los Quarks, la materia prima de nuestro Universo.

Harald Fritzsch.
Alianza Universidad nº 337.
Madrid, 1982.

En el libro que ahora reseñamos, el autor, investigador del CERN y de la Universidad de Munich con importantes aportaciones personales en el terreno de las partículas elementales, expone—con la claridad deseada en el plano divulgador pero también con el rigor necesario— los diferentes caminos que se han recorrido a lo largo de los últimos veinte años en el estudio de la física de altas energías. El punto de partida para el desarrollo posterior de la física de partículas fue el deseo de

comprender las fuerzas que actúan en el interior de los núcleos y hoy sabemos, gracias —bien es verdad— a una «dilatada y ejemplar colaboración internacional», que esas fuerzas nucleares no son en sí mismas fuerzas elementales sino «sólo consecuencia de las fuerzas cromodinámicas que mantienen unido nuestro mundo en su instancia más íntima». El libro que ahora nos ocupa intenta, precisamente, mostrar este desarrollo, analizar cómo arrancando de dicho punto se ha podido alcanzar la situación actual de elaboración de las diferentes teorías de aforo. Y esto se hace de manera documentada, inteligente y casi siempre amena.

A lo largo de, aproximadamente, la primera mitad del libro, los nueve primeros capítulos, se introduce el elenco de partículas que hoy se tienen por fundamentales y se consideran las diferentes circunstancias que obligaron a su determinación. De especial interés en esta parte son los párrafos en los cuales el autor expone los caminos (operatorios) que se siguieron para concretar las nuevas partículas, para determinar los nuevos términos de su campo, así como su previa organización (por ejemplo el carácter «a priori» que se concede a los principios de la mecánica cuántica) y lo que podríamos juzgar proceso de esencialización de las nuevas entidades como conexión entre los momentos fiscalista y fenomenológico. Uno de esos instantes, en los cuales puede percibirse con claridad el proceso constructivo, se concreta cuando el autor considera la partícula Δ^{++} . Esta partícula, representada en el dibujo adjunto, consta de, o se construye con, tres quarks u. Si se intercambian entre sí dos de los quarks el resultado que se obtiene es de nuevo la partícula Δ^{++} . De ahí que la configuración Δ^{++} sea simétrica respecto del



intercambio de quarks. Sin embargo los quarks son objetos de spin 1/2 y *deben seguir* —al igual que los electrones y todas las partículas de spin 1/2 observadas en la naturaleza— el principio de exclusión de Pauli, es decir deben formar parte de configuraciones sólo antisimétricas y no simétricas. ¿Cómo eludir el problema?. Gellmann y el autor del libro que nos ocupa propusieron como salida introducir un nuevo número cuántico llamado «color», lo cual llevó al desarrollo de la moderna teoría de la interacción fuerte (la cromodinámica cuántica, QCD) y abrió el camino a las posteriores teorías de unificación.

Paradigmático también nos parece el capítulo X, titulado la cromodinámica cuántica, que resulta, en una lectura digamos ontológica, una admonición para los realistas ingenuos —posición más cultivada hoy en otros campos de la física de lo que a primera vista podría pensarse— que pretenden vincular su ciencia a una ontología, su ontología particular. En concreto dicho capítulo nos enseña de forma significativa y a través de los singletes de color; los gluones y lo complicado que resulta el vacío «lleno» (lleno de partículas virtuales tanto en la QED —electrones, positrones y fotones— como en la QCD —quarks, antiquarks y gluones) nos enseña, decíamos, lo inútil que sería aquí elaborar ontologías previas a la propia construcción científica.

Los últimos capítulos del libro los dedica el autor a exponer de modo inteligible la cromodinámica cuántica (QCD o grupo de aforo SU(3)) y las líneas de investigación que han desembocado, en estos últimos años, en las teorías unificadas de la interacción débil y electromagnética (teoría electrodébil o grupo de aforo SU(2) × U(1)) o incluso en los intentos de unificación de la interacción fuerte con la electrodébil a través del grupo de aforo SU(5).

El libro, que proporciona una excelente visión de conjunto, se abre con un prólogo del director general del CERN en el que comenta la necesidad de presentarle «al público en general» los resultados más recientes de la investigación «sin hacer uso de matemáticas abstrusas» y se cierra —después de un último capítulo dedicado fundamentalmente a dar a conocer los proyectos de los investigadores europeos de altas energías, el LEP en Ginebra y el HERA en Hamburgo (y de paso también a presentarnos su bosquejo de lo que podría ser la física del futuro)— con unos útiles apéndices en los que se resumen los términos de carácter más novedoso en un glosario y en donde se proporciona una útil clasificación estructural de las partículas.

El libro aquí comentado cubre en parte la laguna (1) que dejan los artículos publicados en castellano normalmente por revistas como *Investigación y Ciencia* o *Mundo Científico* (2). Y la cubren bien, poniendo a veces el acento en el análisis fenomenológico de los resultados experimentales. Se trata de una buena oportunidad para que una capa más amplia de la población participe —además de con su aportación como contribuyente a los presupuestos de investigación— de «los últimos y emocionantes desarrollos de la física de partículas». Por esto el libro debe ser bien recibido. La versión española, en una cuidada edición de Alianza Editorial, a cargo de Grifols Gras puede calificarse de brillante.

(1) En este momento se dispone ya del libro de Manuel García Doncel, *Partículas, Campos y Simetrías*. Publicaciones de la Universidad Autónoma de Barcelona. Bellaterra, 1982.

(2) Recordamos, siquiera sea de manera somera y para los lectores interesados, que las mencionadas revistas han publicado en parte de sus números trabajos que, con mayor o menor extensión, tratan temas similares a aquellos de los cuales se ocupa este libro.

Miguel Ferrero Melgar

Una introducción a la Teoría de las Catástrofes.

P.T. Saunders.

Traducción de Roberto Moriyón.
Siglo XXI editores, Madrid, 1983.

Que la primera presentación sistemática y completa en castellano de la célebre y polémica teoría de las catástrofes —asociada habitualmente al nombre de su principal creador y propagandista, el matemático francés René Thom— sea la versión de un texto introductorio inglés, no deja de ser un síntoma bien palpable del sesgo anglófono de nuestras actuales dependencias culturales. Tal vez la claridad expositiva del libro de Saunders, su británica asepsia ontológica y su moderada valoración de las novedades catastrofistas en tanto se asientan sobre la tierra firme del pensamiento matemático tradicional puedan justificar *a posteriori* la traducción de esta obra antes que *Stabilité structurelle et morphogénèse* (1972) de Thom como una medida inteligente en materia de política editorial. Loada sea, en todo caso, la diosa Fortuna que a veces permite conjugar la azarosa necesidad con el acierto.

Nos hallamos ante un libro que es un modelo didáctico insuperable: analíticamente bien concebido y sabiamente ejecutado. Sin parar mientes en engorrosas autoconcepciones —apenas se nos dice que la teoría estudia singularidades discontinuas, como el rompimiento de una ola o la división de una célula, de forma cualitativa y bajo el supuesto de que sus configuraciones fenoménicas dependen exclusivamente de un pequeño número de *variables de control*, nunca de las *variables internas o de estado*—, Saunders nos incita a construir dos sencillos juguetes educativos (la máquina de catástrofes de Zeeman y la gravitacional de Poston), cuyo análisis matemático no sólo muestra la ventaja pragmática de los procedimientos operatorios catastrofistas, sino que, por añadidura, ejercen sobre el lector esa extraña fascinación que induce la evidencia estética cuando se halla aparejada con la sencillez.

Acto seguido, en tres concisos capítulos se nos informa de los fundamentos matemáticos de la estabilidad estructural sin perdernos en las profundidades de las demostraciones; se diseña la tipología *cerrada* de las siete catástrofes elementales de Thom, cuyos sugestivos nombres topológicos (cúspide, cola de milano, mariposa, tienda india, etc.) constituyen un obvio de-

saffo objetivista al subjetivismo de los Rorschach; y se dibujan, por último, sus propiedades geométricas con cierto lujo de detalles.

De esta manera, antes de que nuestras reticencias críticas comiencen a suscitar dudas ante el acto de fe que nos ha sumido en un profundo sueño dogmático, desembocamos en el fructífero terreno de las aplicaciones. En cuatro soberbios capítulos —los dos últimos dedicados a la biología significativamente— se despliegan ante nuestros atónitos ojos el variado espectro de aplicaciones «físicas» y «metafísicas» imaginadas por Thom, de las que el lector castellano pudo tener un anticipo gracias a la compilación de Waddington. Aquí, pasamos sin sentirlo de los fenómenos ópticos a la toma de decisiones, de la agresión etológica canina al derrumbamiento de estructuras elásticas y, en oscilación no lineal, saltamos a las transformaciones morfogénicas de D'Arcy Thompson, poniendo seriamente en peligro la multiestabilidad de nuestra percepción gestaltica. Todo ello se «explica» endógenamente por la movilidad de las fronteras que la teoría de las catástrofes ayuda a entender.

En las conclusiones Saunders acepta, por fin, la discusión epistemológica sobre la naturaleza de la explicación *versus* la mera descripción catastrófica y sobre la supuesta debilidad de los modelos no mecanicistas. Su argumento central es que resulta irracional «criticar a la teoría de las catástrofes por no conseguir lo que no puede conseguir ninguna teoría» (p. 162), en particular en biología y ciencias sociales. Tras reivindicar la superioridad de la teoría cualitativa de la teoría topológica de las catástrofes frente a los modelos cuantitativos de Lotka-Volterra en base a que no precisa hipótesis *ad hoc* a lo largo de las deducciones y a que sus conclusiones son estructuralmente estables, apuesta por un cambio de procedimientos matemáticos en aquellas ciencias que trabajan con sistemas complejos y resultados inseguros.

Dos observaciones críticas para concluir esta reseña. (1ª) No se deje seducir el lector por la aparente sencillez prometida: cuando se enfrente con los ejercicios del apéndice final, advertirá que necesita más matemáticas de las que Saunders explicita. (2ª) La didáctica presentación de Saunders, paradójicamente, no es *catastrófica*, sino *evolucionista*. Tal incongruencia, ¿será el resultado de una mera trampa pedagógica o, tal vez, la astucia de la razón hegeliana que no cesa en generar recursivamente contradicciones?.

Alberto Hidalgo Tuñón

Tragedias Completas. Esquilo. Edición de José Alsina Clota, Ed. Cátedra, col. «Letras Universales». Madrid, 1983.

Ediciones Cátedra, en su colección «Letras Universales», presenta una traducción completa de las tragedias conservadas de Esquilo. Esto, que no pasaría de ser una singladura más en la serie de versiones de la Literatura Griega con mayor o menor fortuna —necesaria, por otra parte, para mantener en verdad la propia denominación de universalidad pretendida con la recuperación de los clásicos más consagrados como tales—, se convierte de hecho en una auténtica novedad de la mano del traductor José Alsina Clota.

Es una novedad no sólo por tratarse de una traducción directa, esmerada y puntual del difícil griego de Esquilo sino sobre todo porque se trata de una versión rítmica, lo que hasta ahora no se había hecho en castellano; hasta el punto de que a quienes no les fuera posible el acercamiento al lenguaje y ritmo original les hubiera resultado incluso más que dudoso el que Esquilo fuera ante todo un magnífico poeta y además un artífice del lenguaje y del verso.

La versión rítmica que nos ofrece José Alsina ha procurado desde la métrica de nuestra lengua aproximarse al «ethos», a la sonoridad del verso griego: «Se han utilizado endecasílabos, alejandrinos, octosílabos, etc., procurando seguir las variaciones métricas de los textos originales, en la medida de lo posible», comenta el traductor en una nota a su edición. Y en verdad que se ha hecho así, sin tener en cuenta la rima, pues éste es un procedimiento característico de las lenguas modernas y no del griego; la musicalidad del verso se consigue en base a otros medios, entre los que el lenguaje, las palabras en sus juegos y oposiciones, constituyen, por lo que se refiere a Esquilo, el más prodigioso de los mismos.

Para dar cuenta con brevedad de la importancia de la versión que tenemos entre manos nada mejor que ejemplificar sobre el propio texto por medio de un doble acercamiento: por un lado trataremos de mostrar la precisión en la comprensión del texto griego y en su «paso» al castellano; en segundo lugar ejemplificaremos a partir de una traducción correcta, pero en prosa, para comprobar lo que se gana con el ritmo. Estamos en las mejores condiciones para poder hacerlo ya que además contamos con una traducción en prosa, aunque sólo de la *Orestíada* de Esquilo realizada también por José Alsina en edición bilingüe para la editorial Bosch; también añadiremos la versión de otro autor cuya com-

prensión del griego resulta asimismo indiscutible:

El texto que vamos a comentar corresponde a *Agamenón*, versos 160-166 que contienen el comienzo del famoso «Canto a Zeus».

Una anterior versión existente en castellano, a la que más arriba nos referíamos, dice así:

*Zeus, quienquiera que sea, si le place
el ser nombrado así,
con este nombre yo le invoco.
No puedo compararle,
tras sopesarlo todo,
ningún otro que Zeus, si el peso vano de la
mente
hay que arrojar de cierto.*

Indudablemente la expresión castellana, bastante rígida, puede ofrecer mayores dificultades para su comprensión que las que el original tiene.

La versión en prosa de Alsina dice así:

— *Zeus, quienquiera que sea, si le place este nombre, con él le invoco; no puedo imaginar, computándolo todo, más que a Zeus, si en verdad he de arrancar de mi espíritu el peso de mi inútil angustia.*

La traducción rítmica que comentamos (pág. 237) es la siguiente:

*Zeus, quienquiera que sea,
si le place este nombre,
con él voy a invocarle.
No puedo imaginarme,
computándolo todo,
más que a Zeus, si, en verdad,
he de arrancar de mi alma
el peso de esa angustia tan inútil.*

El ritmo de heptasílabos, que, como versos de «arte menor», está bastante cercano a la métrica popular, se aproxima al carácter del original griego que reproduce un canto en forma religiosa con troqueos, aunque no se reproduzca la elevación que consigue Esquilo con un primer verso en donde se combina con dáctilos.

De todas las formas lamentamos también que en la traducción del «hóstis pot'estin» en ninguno de los ejemplos que hemos aducido se haya mantenido «el que es en toda ocasión», tal como viene en griego, y que desde el punto de vista filosófico tiene gran importancia ya que permite relacionarlo con la crítica religiosa de Jenófanes y Parménides.

Con todo, hemos de reconocer que si de alguna manera podemos y debemos acercarnos al mundo de la tragedia griega, hemos de hacerlo de la forma más aproximada a la misma; lo que necesariamente pasa por una recuperación de sus efectos, de su espectacularidad y de su ritmo.

Por ello creemos que el esfuerzo desplegado en la versión de José Alsina no resulta en absoluto superfluo, sino, por el contrario, abre un camino de reconsideración y ejemplo para posteriores traducciones de los clásicos.

También estamos seguros de que no sólo el contenido sino el ritmo recuperado de los griegos es algo imprescindible para la comprensión ideológica de un pasado que no sólo está en la base de nuestra cultura y civilización, sino que se encuentra ante nosotros como un reto futuro para el progreso, que, por cierto, también es una idea desarrollada precisamente por Esquilo.

La valoración filosófica del mundo ateniense del siglo V, cuya importancia está fuera de duda, tiene que partir del hecho de que la tragedia era un medio de comunicación mediante el cual se asumía la difícil tarea de construir la ideología de la ciudad. Esperamos que el sonido rítmico de Esquilo, ahora en castellano, nos pueda colocar en el ambiente en el que también recogió Platón sus ideas.

Santiago González Escudero

Actas del II Seminario de Historia de la Filosofía Española
Ed. de Antonio Heredia Soriano.
Ediciones de la Universidad de Salamanca.
Salamanca, 1982. 2 vols.

Los problemas conceptuales, metodológicos y didácticos de la filosofía española, la evolución más reciente de la filosofía en España, el intercambio de opiniones de los investigadores españoles con investigadores extranjeros sobre aspectos diversos de nuestra filosofía, y la potenciación de estudios críticos sobre la filosofía española, todo ello sobre la base de la necesidad sentida de una urgente «reconstrucción», a todos los niveles, de la historia de nuestra filosofía, son, al parecer, los objetivos que ya inicialmente se propuso el Seminario de Historia de la Filosofía Española que, con la colaboración del I.C.E., organiza el Departamento de Historia de la Filosofía y de la Ciencia de la Universidad de Salamanca. Desde el I Seminario, 27 de marzo - 1 abril de 1978 (véase la reseña de Nicolás Martín Sosa en *El Basilisco*, nº 2, pp. 93-94; también están publicadas las *Actas del I Seminario de Historia de la Filosofía Española*. Ediciones de la Universidad de Salamanca, 1978), han ocupado un lugar importante en los debates las cuestiones —ya clásicas, por otro lado— referidas al propio concepto y al campo de la Historia de la Filosofía española, cuestiones que evidentemente afectaban a los objetivos y métodos del Seminario. Sin embargo, sin rechazar ciertos planteamientos teóricos, aunque sí descartada como *pseudocuestión* (V. «Conclusiones»

en *Actas del II Seminario*) la «existencia o no de una filosofía española puesto que hay un pensamiento español acuñado en algunos de los tipos de la forma filosófica», el Seminario, «a la búsqueda de su razón de ser», parece haber optado desde su segunda edición por considerarse «como un lugar de encuentro donde únicamente se pretende hacer filosofía en común en la perspectiva de la historia de España; o mejor aún, en la más extensa perspectiva de lo hispánico» (p. 8).

Estas *Actas* del Seminario (Salamanca, 28 de abril - 2 de mayo de 1980) incluyen en sus dos volúmenes las ocho ponencias y veinticuatro comunicaciones correspondientes («rigurosamente») a las sesiones celebradas, en las que, por cierto, participó una variada representación de investigadores españoles e hispanistas extranjeros, grupo de Toulouse... Posteriormente, como es sabido, en septiembre de 1982, y conforme al criterio inicialmente establecido de años alternos, se ha celebrado igualmente en Salamanca el III Seminario de Historia de la Filosofía Española (véase reseña de Nicolás Martín Sosa en *El Basilisco*, nº 14, pp. 78-82).

Los trabajos publicados en estas *Actas* están organizados, según la estructura general del Seminario, en cuatro capítulos:

1) El primero (Investigación básica general) aparece dedicado en esta ocasión al «lenguaje filosófico» (relación entre filosofía y géneros literarios). Incluye trabajos de Miguel Cruz Hernández, Pedro Cerezo, Luis Cencillo, Enrique Rivera, Luis Jiménez, Antonio Heredia Soriano, Pablo García Castillo, Pedro José Chamizo, Jorge M. Ayala, José Luis Mora y, referido a los programas de investigación filosófica en España, Cirilo Flórez Miguel.

2) El segundo, sobre la vida filosófica en España, comprende a su vez tres apartados: a) sobre la proyección internacional de nuestros trabajos en distintas áreas: José Luis Abellán, «Sobre filosofía hispanoamericana»; Nelson Orringer, «Filosofía española en América»; y Alain Guy, «Les traductions françaises imprimées des ouvrages philosophiques espagnols»; b) sobre áreas o disciplinas determinadas, destaca el magnífico trabajo de Vicente Muñoz Delgado, «Para la historia de la lógica en España e Iberoamérica entre 1939 y 1969», que sistematiza, distingue y organiza aspectos variados de este período no siempre tenidos en cuenta, acompañados de cuidadas bibliografías. En este grupo figura también un «Mapa actual de la lógica en España» de Rodolfo Fernández González; c) en el apartado de Instituciones, hay interesantes colaboraciones de Lucienne Dommegue (disputas entre escolásticos y modernos en la Universidad de Salamanca durante el siglo XVIII), Antonio Jiménez García (el Instituto «Luis Vives»), Laureano Robles (La «*Maioricensis Schola Lullistica*»), Nicolás M. López Calera (La Cátedra «Francisco Suárez») y M. Socorro González Gardón (La revista *Sistema*).

3) El tercer capítulo, Didáctica y Metodología, contiene los trabajos de Joaquín

García Carrasco, Juan Francisco García Casanova y Rafael Jerez Mir.

4) El cuarto y último grupo, *Varia*, reúne colaboraciones de André Gallego, Juan Cobos, Teresa Rodríguez de Lecea, Reine Guy y Eusebio Fernández.

Se incluyen, además, al final del segundo volumen, unas «Notas a la producción historiográfica de la Filosofía española en el bienio 1978-1979» del profesor J.L. Fuertes, las cuales, según parece, guardan correspondencia con la exposición de libros y catálogos organizada en el local de sesiones durante la celebración del Seminario. Asimismo, cierran esta edición unas «Conclusiones».

La edición de esta *Actas*, que constituye sin duda, un considerable esfuerzo que es preciso reconocer y estimular, está a cargo de Antonio Heredia Soriano, Secretario de coordinación de estos Seminarios.

Elena Ronzón



NOTICIAS

Simposio sobre Julio Rey Pastor

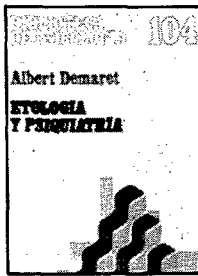
Dentro de las actividades conmemorativas del Cuarto Centenario de la Universidad de Zaragoza, promovido por la Sociedad Española de las Ciencias y organizado por el Colegio Universitario de La Rioja, se celebrará en Logroño, del 28 de octubre al 1 de noviembre de 1983, un «Simposio sobre Julio Rey Pastor».

Además de la posible participación de otros ponentes, están ya confirmadas las conferencias de M. Hormigón (Universidad de Zaragoza), «La influencia de Rey Pastor en el desarrollo de las Ciencias Exactas en España»; E.L. Ortiz (Imperial College, Londres), «La influencia de Rey Pastor en el desarrollo de las Ciencias Exactas en Argentina»; Miguel Sánchez-Mazas (Universidad del País Vasco); «La contribución de Rey Pastor a la Historia y Filosofía de las Ciencias», y E. García Camarero (Universidad Complutense, Madrid), «Los últimos años de Rey Pastor».

Se han programado siete áreas de trabajo en las que podrán presentarse comunicaciones sobre el joven Rey Pastor y sus maestros, y la obra de Rey Pastor en Geometría, Análisis Matemático, Álgebra, Matemática Aplicada. Didáctica y enseñanza de la matemática, así como en las Humanidades: Filosofía e Historia.

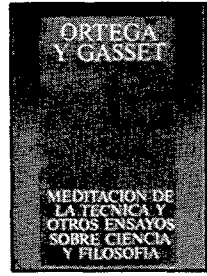
Quienes deseen inscribirse en el «Simposio sobre Julio Rey Pastor» deberán hacerlo en el Colegio Universitario de La Rioja, c/ Obispo Bustamante, 3, Logroño (Teléfs. (941) 24 48 11 y 24 49 76) (El Secretario de la Comisión Organizadora es D. Luis Español González).

En su momento EL BASILISCO publicará una crónica sobre el desarrollo de este Simposio que promete ser muy interesante.



Albert Demaret
Etiología y Psiquiatría
Editorial Herder, «Biblioteca de Psicología», nº 104, Barcelona, 1983.

Una exposición interesante del tratamiento etológico de los conceptos psiquiátricos en sus más diversas manifestaciones. Por ejemplo, el concepto de esquizofrenia que, como ya sugirió Huxley en 1964, no podría explicarse sin acudir a la hipótesis de las ventajas biológicas. «Las ventajas selectivas obtenidas por los sujetos no esquizofrénicos portadores de genes explicarían el mantenimiento del genotipo esquizofrénico a través de la historia de la especie».



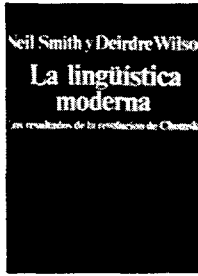
Ortega y Gasset
Meditación de la técnica y otros ensayos sobre ciencia y filosofía
Revista de Occidente en Alianza Editorial. Madrid, 1982.

Paulino Garagorri nos ofrece en el nº 21 de la colección de *Obras* de José Ortega y Gasset que contiene la *Meditación de la Técnica* y otros ensayos, en particular la conferencia del coloquio de Darmstadt de 1951, en el que Ortega presenta al hombre como un animal que esencialmente es un *elector*, es decir, un *elegante* (*eligens*), o sea un *inteligente* (porque, sospecha Ortega, *intelligentia* tiene que ver con *intelligentia*).



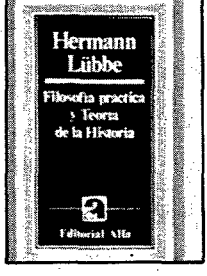
Hans Lenk
Filosofía pragmática
Editorial Alfa, «Estudios alemanes», Barcelona, 1982.

Un libro que puede servir para ilustrar los caminos por los que discurren los herederos del «racionalismo crítico», pisando terrenos de la vida cotidiana como puedan serlo la técnica, los sistemas «con medio ambiente» y «sin medio ambiente» (¿Por qué no se cita a Prigogine?). Los paisajes a los que accedemos por estos caminos, que Lenk nos indica, son bastante incoloros y sin relieve.



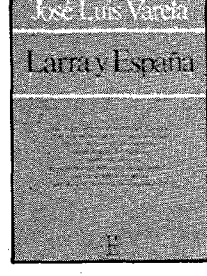
Neil Smith y Deirdre Wilson
La lingüística moderna
Traducción de Ricardo Pochtar
La lingüística moderna. Los resultados de la revolución de Chomsky.
Editorial Anagrama, Barcelona, 1983.

Una exposición sistemática de los principales temas afectados por las ideas lingüísticas de Chomsky desde la perspectiva de la filosofía del lenguaje: concepto de lengua, estructuras profundas, semántica y significado, cambio lingüístico, adecuación de las gramáticas, universales lingüísticos... Chomsky habría mostrado cómo pueden hacerse afirmaciones sobre el lenguaje empíricamente comprobables.



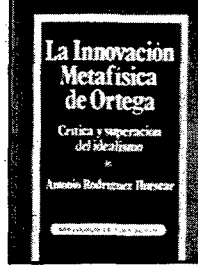
Hermann Lübbe
Filosofía práctica y Teoría de la Historia
Traducción de Ernesto Garzón Valdés
Editorial Alfa, Colección «Estudios alemanes». Barcelona, 1983.

«A diferencia de Hofer yo no me arriesgaría a decir que este ideal de una objetividad como presentación de identidad historiográfica aceptable universalmente desde un punto de vista intersubjetivo y opuesto a la parcialidad es algo «occidental» distinto del «ideal soviético de ciencia». A esta tesis habría que objetar por lo pronto que el historicismo totalitario en la historiografía es el mismo una realidad que tiene sus presupuestos históricos específicos en las tradiciones filosóficas de Occidente».



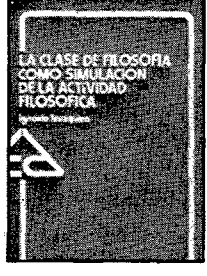
José Luis Varela
Larra y España
Espasa-Calpe Literatura. Madrid, 1983.

Libro que, creemos, será necesario para todo aquel que desee conocer profundamente a Larra y a la España en que vivió. Por ejemplo, la corriente sansimoniana, de la que participa Larra «al menos cuando traduce a Lammenais». José Luis Varela ofrece también una colección inédita de cartas que muestran a un Larra envuelto en las menudencias de la política práctica.



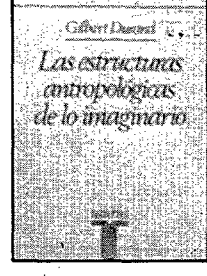
Antonio Rodríguez Huéscar
La innovación metafísica de Ortega. Crítica y superación del idealismo
Prólogo de Julián Marías. Madrid, 1982.

Antonio Rodríguez Huéscar analiza la metafísica de la vida de Ortega, determinando sus categorías al modo de la ontología fundamental de Heidegger, aunque las categorías que Huéscar ve en Ortega sean distintas: «Absoluto acontecimiento», «encuentro», «actualidad», «presencia», «acto de presencia», «complejidad», «posibilidad y libertad», «circunstancia»... Y hasta el «ahora» que, «usando un vocablo forjado por Marías» parece ser *futurizo*. (Marías, en efecto, había dicho que, tanto como *enamorado*, el hombre es *futurizo*).



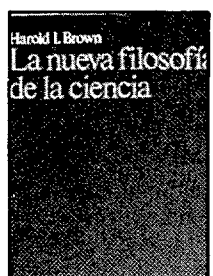
Ignacio Izuzquiza
La clase de filosofía como simulación de la actividad filosófica
Técnicas didácticas Anaya/2. Madrid, 1982.

La clase de filosofía no debe ser el lugar en donde se exponen ciertos contenidos de los que luego hay que examinar al alumno; debe ser un laboratorio conceptual en el cual se «simule» el proceso de configuración de los problemas filosóficos, y se investiguen sus diferentes salidas. Izuzquiza desarrolla esta tesis de un modo muy completo —sólo falta el profesor de filosofía capaz de hacer en cada caso esa simulación; un San Ginés, un actor tan perfecto que deja de serlo.



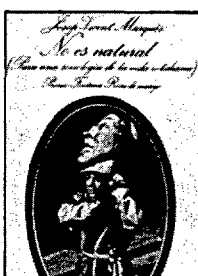
Gilbert Durand
Traducción de Mauro Armíño
Las estructuras antropológicas de lo imaginario
Taurus. Madrid, 1982.

La editorial Taurus nos ofrece la traducción de esta resonante obra de los años sesenta en la que Durand acomete la, para muchos, megalómana empresa de construir una taxonomía de las imágenes de la «fantástica trascendental» de la humanidad. Pero, ¿estamos ante el Linneo de las imágenes o estamos ante un De l'Obel, cuando clasificaba las plantas por las formas de las hojas?. Arquetipos de *espada*, de *copa* y de *rueda* ¿son algo más que plantas de hojas estrechas, largas o puntiagudas?.



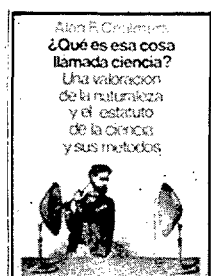
Harold I. Brown
La nueva filosofía de la ciencia
 Tecnos. Madrid, 1983.

Otra revisión histórica de los principales tópicos del positivismo lógico, seguida de la *nueva imagen* de la ciencia ofertada por Toulmin, Hanson, Polanyi, Lakatos, Kuhn y Feyerabend. El contexto de descubrimiento no sólo es relevante, sino analizable en términos de la vieja «sabiduría práctica» de Aristóteles con sólo cambiar el parámetro «individuo» por el de «grupo social» o «comunidad científica» como responsable de las decisiones racionales.



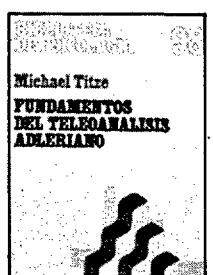
Josep-Vicent Marqués
No es natural (Para una sociología de la vida cotidiana)
 Editorial Anagrama, Barcelona, 1982.

Meditaciones de filosofía mundana sobre la vida cotidiana notablemente afectadas por el paradigma autonomista, variedad valenciana. El autor ofrece abundantes observaciones a veces interesantes de esto que se llama «filosofía barata»: «Hablando de José Timoneda Martínez consideremos ahora como incluso su nombre está condicionado por una red de relaciones sociales».



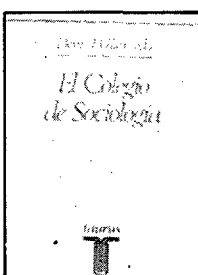
Alan F. Chalmers
¿Qué es esa cosa llamada ciencia?
 Siglo XXI. Madrid, 1982.

Un panorama de la más reciente filosofía de la ciencia, con especial consideración de la línea popperiana, realizado en un lenguaje coloquial y asequible. Tiene el mérito de «descubrir» en el ámbito anglosajón la existencia de una perspectiva materialista europea sobre la ciencia. ¡Lástima que todo su «descubrimiento» se agote en Althusser!.



Michael Titz
 Versión castellana de Diorki
Fundamentos del teleanálisis adleriano
 Ed. Herder, «Biblioteca de Psicología nº 8». Barcelona, 1983.

M. Titz adopta la interpretación, que el más destacado discípulo de Adler, Rudolf Dreikurs, da de la psicología individual, como «teleanálisis». Titz subraya también la influencia de Vaihinger en la formación de las ideas de Adler. La obra contiene también indicaciones sobre diversas técnicas de la psicología adleriana, siempre en función de sus principios últimos.



Denis Hollier (ed.)
 Traducción de Mauro Armiño
El colegio de Sociología
 Taurus. Madrid, 1982.

Una colección de escritos debidos al grupo de vanguardia constituido en Francia, en los años que preceden a la segunda guerra mundial, en torno a Bataille, Caillois y Leiris. Contribuciones como «la tragedia» por Pierre Klosowski, «Sociología del verdugo» por Rosier Caillois, etc., cartas de Georges Bataille a R. Caillois, y otros documentos de un interés arqueológico para los anticuarios franceses.



Antonio Heredia
Política docente y filosofía oficial en la España del Siglo XIX
 Ediciones de la Universidad de Salamanca. Salamanca, 1982.

Un estudio concienzudo de los supuestos ideológicos que actuaron en las reformas de los planes de estudio y en especial de la filosofía oficial durante la *era isabelina* (1833-1868). Especialmente interesante es la exposición de la ideología progresista y el análisis de la política de los libros de texto que el autor nos ofrece.



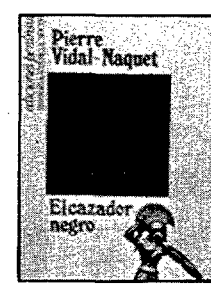
Johann Gottfried Herder
Encara una filosofía de la Historia
 Editorial Laia, Barcelona, 1983.

La editorial Laia nos ofrece en catalán, en traducción de Joan Leita, la fundamental obra de Herder *Auch eine Philosophie der Geschichte*. «Caldria dir: 'i una altra filosofia de la història'. I caldria entendre: 'i això també es una filosofia de la historia'. I ja veurem tot seguit com s'hi fiquen, en aquest títol una mica estrany, tant les ganes d'aclarir les coses com la intenció d'emboïllar la troca».



Jesús Garanto Alos
Psicología del humor
 Editorial Herder, «Biblioteca de Psicología nº 113», Barcelona, 1983.

Intenta Garanto penetrar en la naturaleza del humor desde una perspectiva psicológica, pero parece que lo que hace es una exposición de sus concepciones éticas sobre el asunto. Porque el humor es temple afectivo, tono vital que hace capaz al individuo de reírse de sí mismo y reírlo todo a pesar de todo, pero afirmando la vida, ejerciéndola seriamente. ¿Qué clase de psicología es ésta?. Doctores tiene la Santa Madre Iglesia que os sabrán responder.



Pierre Vidal-Naquet
 Traducción de Marco Aurelio Galmarini
Formas de pensamiento y formas de sociedad en el mundo griego. El cazador negro
 Ediciones Península. Barcelona, 1983.

El lector aficionado a la combinación de Filología clásica y Etnología encontrará en esta colección de artículos de Vidal-Naquet abundante material. Desde el cazador negro y el origen de la efebía ateniense hasta el mito de la Atlántida, todo ello mezclado con lo crudo y lo cocido y el problema táctico de la derecha y la izquierda (Epaminondas, discípulo de Filolao), al modo francés.